

Situación límite en Argelia

Francis Ghilès

El círculo vicioso de violencia en el que Argelia parece estar inmersa recuerda de algún modo la guerra de independencia que, entre 1954 y 1962, se llevó la vida de unos 500.000 argelinos y decenas de miles de soldados franceses. La perversidad de dicha guerra no fue sólo resultado de la extensión de la tortura o del uso del napalm contra los “rebeldes”: la traición de los argelinos musulmanes entre sí, cuando los partidarios del Frente de Liberación Nacional (FLN) lucharon contra los del veterano líder nacionalista, Messali Hadj; la violencia fraticida que los líderes del FLN practicaron y continuaron practicando durante los treinta años posteriores a la independencia; la traición de los colonos franceses entre sí y por parte de su propio Gobierno; todos estos factores contribuyeron a la orgía de muertes, violaciones, torturas y mutilaciones, la verdad de las cuales no ha sido todavía aceptada debidamente ni por Argelia ni por Francia.

Hoy, el alcance es diferente, pero si la espiral de violencia en la que vive Argelia desde enero de 1992, cuando sus líderes civiles y militares suspendieron las elecciones que el Frente de Salvación Islámico (FIS) se preparaba a ganar, no se detiene, podría desembocar en una guerra civil en la mayor nación del norte de África. Sus efectos en los países vecinos, Marruecos y Túnez, son incalculables; las consecuencias en aquellos países musulmanes en los que movimientos islámicos radicales están luchando contra sus Gobiernos, con toda la fuerza derivada de la frustración económica y social, serán graves. Los países europeos que cuentan con importantes minorías de inmigrantes musulmanes como Francia, Bélgica, Alemania e Italia, se verán involucrados a la fuerza.

Es bastante extraño que, una generación más tarde, algunos de quienes inspiran y dirigen el actual asalto islámico al Estado argelino sean aquellos mismos que fueron leales guerrilleros del FLN. Tanto el *Robín Hood* de los fundamentalistas, Mustafá Buali, asesinado por las fuerzas de seguridad en 1986, como el líder supremo del FIS, Abas Madani, actualmente encarcelado, pasaron muchos años en prisión entre 1954 y 1962. Sus acciones ponen en duda el significado mismo de la historia de Argelia, e indican la incapacidad de los líderes del país desde 1962 para establecer una identidad nacional; ofrecer un modelo de desarrollo

Francis Ghilès es corresponsal para el norte de África del *Financial Times* y comentarista habitual de la *BBC*.

político y económico que la mayoría de los argelinos puedan apoyar; y reconciliar a los ciudadanos con el violento pasado de su país.

Muchos argelinos no han olvidado que el grupo que se hizo con el poder en julio de 1962, el denominado *Oujda*, formado por civiles y oficiales agrupados en torno a Ahmed Ben Bella, primer presidente del país, y el coronel Huari Bumedián, sucesor de aquél en la jefatura del Estado, actuaron rápidamente para prohibir la libertad de expresión, controlar a los sindicatos y torturar a aquellos cantaradas que no compartían sus puntos de vista.

Durante el mandato de Huari Bumedián (1965-1978), Argelia fue objeto de un experimento de industrialización e imposición de un estrecho control estatal de la agricultura. Se forzó una arabización del país con la ayuda de profesores egipcios que nunca hubieran encontrado un puesto de trabajo en su propio país, y toda manifestación de la cultura bereber fue prohibida (una quinta parte de la población utiliza el bereber como lengua materna). El aumento del precio del petróleo desde 1973 propició algunos proyectos industriales grandiosos, y una retórica en las relaciones exteriores que sermoneaba a Occidente por sus modos “imperialistas” y su “dominación” económica. Y no es que lo que se dijera no fuera correcto; el problema era que los líderes argelinos denunciaban en el extranjero lo que ellos mismos estaban practicando sobre su propio pueblo.

Entre tanto, una industria ineficaz y cada vez más corrupta estaba devorando enormes recursos en capital y agua, a la vez que un fuerte control de los precios, la negativa a conceder créditos a los agricultores, y una nueva expropiación de propiedades en 1971-1972, convirtieron a un país que se autoabastecía, en un país obligado a importar a finales de los años setenta más de la mitad de sus alimentos.

A medida que crecía la población (toda idea de planificación familiar tropezaba en privado con comentarios tales como “es el único placer que tenemos”), y la vivienda era cada vez más escasa, todas las transacciones de propiedad privada resultaban imposibles. Incluso el comercio privado de frutas y verduras entre distintas provincias fue prohibido.

Los miembros más importantes de la *nomenklatura* hicieron la vista gorda mientras disfrutaban de la comodidad de sus grandes villas, sus vacaciones y de la educación en el extranjero de sus hijos. La corrupción era tolerada con indulgencia por el coronel Bumedián como “la miel de la *nomenklatura*”. Esta no era tímida a la hora de sumergirse en ese tarro de miel.

Hacia 1977 el jefe del Estado era consciente de que el experimento de la revolución socialista había fallado. Cesó a su poderoso ministro de Industria y Energía, Abdessalam Belaïd, que pasó a ocupar el puesto inferior de ministro de Industria Ligera, lo que le ganó el sobrenombre de “ministro de la gaseosa” entre los argelinos. Pero el coronel Bumedián murió en diciembre de 1978 sin haber cambiado su equipo, como intentó hacer el año anterior.

El régimen del coronel Chadli Benyedid trajo consigo una mayor libertad personal (el odiado *permis de sortie* exigido a todo ciudadano argelino que quisiese viajar al extranjero, y que había sido establecido en 1967

durante la guerra de los Seis Días, fue abolido en 1981); un crecimiento de las importaciones de bienes de consumo tras el aumento del precio del petróleo en 1980-1981; y una creciente percepción de que eran necesarias las reformas, especialmente en el área económica. Sin embargo, el presidente, que se había mostrado reacio a abandonar su puesto de comandante militar de Oran para volver a Argel, carecía de la visión y de la mano firme necesarias para lograr una reforma radical. Benyedid se encontró frente a fuertes intereses adquiridos en el ejército, en la burocracia y en el partido gobernante, que continuaban utilizando una jerga marxista-nacionalista cada vez más alejada de los sentimientos de los argelinos, y de la práctica totalidad del resto del mundo. El presidente sucumbió a los placeres de su cargo, y tampoco su familia fue tímida a la hora de sumergirse en el tarro de miel.

Fue por el desplome del precio del petróleo en 1986 y el recurrir a préstamos a corto plazo, junto con la constante negativa de muchos miembros de la *nomenklatura* a cambiar sus hábitos, lo que finalmente condujo a los violentos disturbios de octubre de 1988. Estos terminaron en las calles con el poder del FLN y mancillaron el nombre del ejército: la tortura fue ampliamente practicada y, a continuación, denunciada públicamente por primera vez desde 1962. Movimientos radicales islámicos, especialmente el FIS, tomaron posiciones y se puso en marcha un proceso caótico de liberalización política y económica, que dio un parón repentino cuando se suspendieron las elecciones en enero de 1992.

Toda posibilidad de reforma democrática se fue a pique como consecuencia del enorme número de votos obtenidos por el FIS en las elecciones municipales de junio de 1990 y, dieciocho meses más tarde, en la primera vuelta de las elecciones generales de diciembre de 1991. Aquellas dos victorias enviaron unas ondas de choque a través de muchos sectores de la sociedad argelina que no sentían ningún cariño por el Gobierno del FLN, pero no estaban preparados para verse gobernados por el partido de Dios; es decir, gente que pertenecía a las clases profesionales (la educación ha traído formación secundaria y universitaria a millones de jóvenes argelinos), a la amplia clase trabajadora industrial, en el Sur y el Oeste del país. Esta gente permanecía, sin embargo, dividida políticamente y los muchos partidos que surgieron en 1990-1991 eran manipulados con frecuencia por el FLN, muchos de cuyos líderes no podían acostumbrarse a la idea de tener que compartir el poder. De hecho, gran cantidad de ellos estaban dispuestos a firmar “un pacto con el diablo” (es decir, el FIS), antes que tener que participar en un juego verdaderamente democrático.

Por su parte, los partidarios del islam radical nunca habían dudado en atacar a las mujeres, arrojar ácido a la cara de las jóvenes estudiantes que vistieran ropa “decadente” u occidental. La retórica era simplista; de hecho, el FIS era calificado por algunos como “el hijo del FLN”, dada la similitud de sus eslóganes: populismo, soluciones simples a problemas complejos, etcétera. La “charia” triunfaría donde el socialismo había fallado.

Los partidarios del FIS habían sido educados en la *filière*, esto es, colegios y universidades en los que se enseñaba en árabe. Desgraciadamente para ellos, una vez graduados, sólo se les ofrecían trabajos menores en la administración y en la enseñanza. Los trabajos de prestigio en las nuevas industrias del joven país o los puestos en la diplomacia iban siempre a las personas formadas en francés o en universidades extranjeras.

Este sistema de educación dual explica la violenta oposición de muchos partidarios de los radicales islámicos hacia sus más privilegiados compatriotas. Todo esto no significa que entre los argelinos educados en árabe no haya gente valiosa, sino sólo que nunca les han ofrecido buenos trabajos; muchos de ellos son desconocidos.

Algunos de los líderes del FIS, tales como Ali Benhadj, nunca han disimulado su desprecio por la democracia: las elecciones son sólo un medio para conseguir un fin. Se preocuparon por organizar la ayuda a familias pobres, ganando así un valioso apoyo. En los asuntos internacionales, su juicio a veces les traicionaba; por ejemplo, cuando acudieron a Riad tras la invasión iraquí de Kuwait en agosto de 1990, se dieron cuenta de que la mayoría de los argelinos apoyaba a Sadam Husein o, al menos, odiaba a los kuwaitíes lo suficiente para ver en Sadam Husein una especie de héroe. El FIS había recibido una valiosa ayuda financiera de Arabia Saudí, pero la reacción en las calles de Argel les obligó a rendir homenaje al gobernante de Bagdad. Al hacerlo, insultaron al comandante militar de Argel por no haber ayudado a los hermanos iraquíes en febrero de 1991, ganando así el odio de muchos oficiales del ejército.

A pesar de esta confusión, una serie de importantes medidas de reforma económica y política se pusieron en marcha desde 1988. Mulud Hamruche fue nombrado primer ministro en septiembre de 1989. Devolvió los terrenos privados que habían sido expropiados diecisiete años antes; introdujo la libertad de prensa, surgiendo una sorprendente variedad de opiniones; concedió un poder real al Banco Central, y nombró como presidente del mismo a un competente miembro de las jóvenes generaciones, Abderramán Rustumi, quien pronto se ganó el respeto de la mayoría de los acreedores extranjeros de Argelia, especialmente de Japón, Estados Unidos e Italia. Las inversiones extranjeras recibieron un estímulo a raíz de la nueva Ley de Crédito y Dinero que ponía en un nivel de igualdad a todos los inversores, públicos o privados, argelinos o extranjeros. A finales de 1991, unos 2.000 millones de dólares se habían comprometido en 131 *joint ventures*, que incluían a algunas de las más conocidas empresas de Europa, Estados Unidos, Japón y Corea del Sur (Daewo, Peugeot, Pfizer, Rhone-Poulenc, Fiat).

El ministro de Finanzas, Gazi Hiduci, y los denominados por la prensa *Hiduci boys*, llevaron adelante una liberalización de la economía argelina que se tradujo en la liberalización de un ochenta por cien de los precios y limitó la financiación pública de las deficitarias empresas estatales. De un déficit presupuestario se pasó a un pequeño superávit. Trataron asimismo de liberalizar el comercio exterior y suprimir los monopolios, ineficientes y

corruptos, en la importación de productos extranjeros. Se puso en marcha, por otro lado, una política dirigida a refinanciar los 26.000 millones de dólares de la deuda externa del país; una política que recibió el apoyo de Japón e Italia, pero no de Francia, que no vio razón alguna para refinanciar la deuda que garantizaba a Argelia de manera bilateral. Dos acuerdos con el FMI, en 1989 y 1991, sellaron la aprobación internacional de las medidas acordadas.

Desgraciadamente para el futuro de la reforma económica, la política de Hamruche de dar rienda suelta al FIS provocó un resultado imprevisto cuando los fundamentalistas ocuparon el centro de Argel en 1991, tras un intento fallido de huelga general. El ejército cesó al primer ministro y nombró como sustituto al ministro de Asuntos Exteriores y antiguo presidente de la compañía estatal de petróleo, Sonatrach, Sid Ahmad Gozali.

Gozali tenía tal obsesión por denunciar a su antecesor, que pasó más tiempo atacando al respetado gobernador del Banco Central que tratando de continuar la reforma económica que Hamruche había puesto en marcha. Un ejemplo especialmente claro de su comportamiento lo muestra la red de seguridad establecida aquel verano para que los más pobres argelinos no se vieran afectados por las subidas de los precios. Elaborar la lista de los favorecidos por la medida era competencia de las autoridades locales, la mayoría de ellas controladas por el FIS. Al repartirse el dinero, con frecuencia a personas que no lo necesitaban, se les decía que era ¡un regalo de Dios! En diciembre, Gozali otorgó un aumento del cuarenta por cien en los salarios de los trabajadores del sector público, sin que esta medida fuera suficiente para permitirle ganar las elecciones, aunque sí supuso el fin de los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional.

Pese a la derrota electoral, Gozali no dimitió; pero el ejército sí forzó la salida del presidente Chadli Benyedid. Se constituyó una presidencia formada por cinco personas, a cuya cabeza se encontraba Mohamed Budiaf, quien regresaba a Argelia después de 28 años de exilio en Marruecos. Durante los cinco meses que transcurrieron hasta su asesinato en junio de 1992, Budiaf, un hombre recto y honesto, que había desempeñado un papel fundamental en 1954 al iniciarse la lucha contra Francia, supo ganarse el respeto de muchos argelinos. No coincidía con el FIS, pero defendía una reforma económica y social. Cuando fue asesinado por uno de sus guardaespaldas, estaba a punto de hacer dimitir a Gozali y nombrar un Gobierno de reformistas, confiando los puestos fundamentales a esa generación de brillantes y bien formados argelinos siempre apartados por los líderes del país, o forzados a un exilio de *fado*.

La resurrección de Abdessalam Belaid, quien en los años setenta presumía de que convertiría a su país en el “Japón” de África en el año 2000, marcaba el fin de las reformas. El resultado era predecible. Se proclamó una “economía de guerra”, se renacionalizó el comercio exterior y se congelaron las relaciones con el FMI. La cerrada mentalidad de los años setenta volvió con su venganza. Periodistas argelinos, tales como el

director del prestigioso *El Watan*, Ornar Belhucet, ingresaron en prisión por haberse atrevido a criticar al Gobierno. En el verano de 1993, la industria y las finanzas del país se encontraban en un estado más alarmante que el año anterior.

Inyecciones masivas de capital en empresas estatales que no habían sido objeto de reforma alguna, hicieron aumentar el déficit presupuestario como porcentaje del PIB del siete por cien en 1992 al 17 por cien en 1993. La inflación se duplicó al 30 por cien, aunque esta cifra oculta la verdadera, dada la escasez de productos básicos, rasgo característico de la vida diaria en las principales ciudades del país. La tasa de cambio del diñar en el mercado negro se triplicó. Se favorecieron las importaciones en el sector público, mientras que el sector privado se vio forzado a reducir dos tercios de sus importaciones, a pesar del hecho de que este sector supone el 40 por cien del PIB,

Abdessalam Belaid fue cesado el pasado mes de agosto, para ser sustituido por un antiguo diplomático y ministro, Reda Maled. Este proclamó su voluntad de llegar aun acuerdo con el FMI y anclar a su país económicamente con Occidente. Hasta ahora, sin embargo, se ha hablado mucho pero se ha actuado poco.

Entre tanto, las industrias funcionan a la mitad de su capacidad y el 84 por cien de los desempleados tienen entre 15 y 30 años de edad. La producción agrícola es la más baja en la cuenca del Mediterráneo, mientras que las importaciones anuales de alimentos suponen unos 2.000 millones de dólares. La violencia continúa ocasionando un importante número de víctimas y adopta nuevas formas. Tres mil personas han sido asesinadas desde enero de 1992. Hasta la pasada primavera, los miembros de las fuerzas de seguridad fueron el principal objetivo del ahora prohibido FIS. Otros grupos más violentos, tales como el Movimiento Islámico Armado (MÍA), muchos de cuyos partidarios son conocidos como los "afganos", recibieron entrenamiento en Peshawar (Pakistán), donde Estados Unidos, Francia, Reino Unido y Alemania formaban a guerrilleros dispuestos a luchar contra la Unión Soviética, tras la invasión de Afganistán en 1979. Conocidos intelectuales han sido asesinados y los periodistas han sido igualmente víctimas de ataques fundamentalistas, a veces de una manera ritual. El profesor Mohamed Bukhobza fue asesinado en su propia casa, delante de su hija y su hermano, en forma de sacrificio: el "honor" sólo puede lavarse con sangre, el "sacrificio" debe ser observado por testigos.

La violencia es practicada con frecuencia por el Estado, y se constituyen tribunales especiales, en los que se desconoce la identidad de los jueces y la defensa gratuita de los acusados es prácticamente inexistente. Los métodos de las fuerzas de seguridad son ya ordinarios por lo que se ha convertido en una guerra sucia. Se prende fuego a fábricas, escuelas, bosques y vehículos públicos. Extensas zonas de las regiones montañosas, en la sierra de Ouarsenis al oeste de Argel, en el Atlas sobre Blida, y en el Este, no son seguras; son, de hecho, zonas en las que el ejército persigue a los miembros de distintos grupos islámicos.

A partir del último mes de septiembre, los extranjeros se han convertido también en objetivo: hasta la fecha de escribir este artículo, siete han sido asesinados, y tres secuestrados y luego liberados. De las empresas extranjeras, al menos 350 están reduciendo su personal y reagrupándolo. Chantajes y amenazas anónimas están a la orden del día. “Falsas” patrullas han intentado secuestrar a empresarios japoneses. La extorsión es corriente entre bandas locales, formadas por jóvenes argelinos cuya frustración ante su futuro es sólo comparable al desprecio hacia sus líderes, a los que se rechaza como *Hukumat Mikky*, el Gobierno de Micky Mouse. Tratan la espiral de violencia como en una película de Rambo, apuntándose los tantos obtenidos por unos y otros.

Los políticos continúan mientras tanto hablando a puerta cerrada. Una Comisión de Reconciliación Nacional, que incluye cinco civiles y tres militares, entre ellos el respetado general Mohamed Tuati, se reúne regularmente en lo que parece ser un intento de lograr una plataforma común entre quienes se oponen a toda forma rigurosa de Estado islámico. Más de cincuenta partidos, asociaciones y sindicatos no logran llegar a un acuerdo acerca de qué tipo de estructura económica quieren. No confían los unos en los otros, y algunos ruegan abiertamente al ejército que se haga con el poder, en vez de manejar las riendas en la sombra como lo ha hecho desde 1962. El pasado mes de octubre el ministro de Defensa, general Zerual, manifestó en una entrevista que el ejército no se involucraría en las “luchas partidistas”, y que su propósito no era otro que el de ayudar a la formación de un consenso nacional.

La Comisión es una curiosa combinación: más de cuarenta partidos, la mayor parte de los cuales fueron creados por el antiguo FLN a fin de enturbiar las aguas durante las elecciones generales de 1991. Sólo el Frente de Fuerzas Socialistas, dirigido por Hocine Ait Ahmed, y la Agrupación por la Cultura y la Democracia, liderado por Said Saadi, tienen un apoyo real. El partido islámico moderado Hamas, dirigido por Chayj Nahnah, tiene poca influencia. Los sindicatos, por su parte, tienen en su líder, Mohamed Benhamuda, un defensor de los trabajadores del sector público, ahora en quiebra. Cuatro federaciones de empresarios no consiguen fusionarse a pesar de la crisis que está forzando a algunos de ellos a cerrar sus fábricas. Muchas de las asociaciones que surgieron después de octubre de 1988 persiguen causas valiosas, pero sin ninguna base de poder. Lo que permanece del FLN aún es importante, pero no está claro en absoluto qué dirección tomará. El ahora prohibido FIS no participa en las negociaciones, pero ciertos rumores dan a entender que algunos contactos secretos entre la Comisión y los miembros mas “moderados” del FIS han tenido lugar.

Pasar el testigo a la siguiente generación es el principal desafío que afronta la sociedad argelina. Afecta a los generales del ejército que continúan controlando todas las decisiones, mientras que existe un importante número de coroneles y comandantes, con una buena formación y libres de la corrupción que ha dañado la reputación de muchos de sus superiores. Afecta a los más antiguos funcionarios que, durante treinta años, han

evitado dar el más mínimo poder a sus más jóvenes y mejor educados colegas, la mayoría de los cuales no tiene ningún interés por los acontecimientos de los años cincuenta, y no creen que las credenciales “revolucionarias” sean razón para que mucha gente se mantenga en los puestos que ocupan. Para dicha gente, la nueva aparición de Abdessalam Belaïd fue un desastre. Todo ello es prueba de que los mayores se encuentran atrapados en la máquina del tiempo, incapaces y no dispuestos a afrontar los desafíos extraordinariamente difíciles que acechan a esta nación de 26 millones de habitantes.

El segundo desafío que afronta Argelia es el de la modernización de su sistema político y económico. El socialismo de Estado ha corrompido la noción misma de trabajo, eficacia y honestidad. A no ser que una ruptura radical tenga lugar, el país se hundirá en un pantano económico y pasará a depender aún más de sus exportaciones de petróleo y gas, un sector que se está abriendo a las inversiones extranjeras y se encuentra en las competentes manos del director general de Sonatrach, Abdelhaq Buhafs.

Desde 1988, Sonatrach ha ido reconociendo el beneficio mutuo que puede obtenerse si se trabaja de manera conjunta con las grandes empresas internacionales del sector, y si se comparten las ventajas de la combinación de sus recursos.

Algunas de las más importantes compañías petroleras han firmado contratos con Sonatrach. Son tales las posibilidades de que una compañía encuentre gas, en vez de petróleo, que hace tan sólo catorce meses que, al mejorarse hasta un nivel aceptable las exploraciones de gas, las principales empresas decidieron que merecía la pena aceptar los riesgos. La actual incertidumbre política no ha afectado a las garantías que Estados Unidos, Japón y Francia están dispuestos a dar en la concesión de préstamos para la renovación y extensión de la actual capacidad de licuación del País.

La ley que, en diciembre de 1991, liberalizó las condiciones para la formación de *joint ventures*, ofrece asimismo oportunidades para que éstas puedan aumentar la producción de los ya existentes campos de petróleo y gas. La tasa de recuperación ha caído por debajo del 20 por cien, ya que Sonatrach carece del grado de experiencia de los operadores globales. En otro orden de cosas, una nueva planta que producirá helio, construida por Sonatrach, Air Liquide y Air Products, comenzará su producción este invierno.

La demanda internacional de gas argelino ha crecido por encima de la capacidad de suministro de Sonatrach. El oleoducto trasmediterráneo hasta Italia ha sido aumentado de 16.000 a 24.000 millones de metros cúbicos; y una nueva línea a España, a través de Marruecos, está siendo construida: suministrará 6.700 millones de metros cúbicos de gas en 1997. Otros contratos están preparándose.

La aplicación de una reforma radical en el frente económico podría, sin embargo, ser perjudicial para la paz social. Los recientes acontecimientos en Rusia muestran que la construcción de un sistema económico moderno sobre las ruinas de uno viejo no es una labor fácil. No

obstante, facilitar la iniciativa empresarial sería de gran ayuda en un país con considerables talentos. Una compañía siderúrgica privada, Metal-Sider-Profilor elabora la misma cantidad de productos del acero, con la décima parte de trabajadores, que la acería de El Hadjar en Annaba. Existen muchos otros ejemplos de empresas privadas bien gestionadas, pero demasiados funcionarios se resisten a reconocer que el sistema que ellos construyeron hace veinte años ha fallado.

El tercer desafío que Argelia afronta es el de la religión y su papel en la sociedad. Mucha gente sabe que el FIS y otros grupos islámicos del mundo árabe han utilizado la religión para sus propios propósitos. Con todo, la fe musulmana permanece a través del mundo como una poderosa fuerza utilizada por los condenados de la tierra. Treinta años de Gobierno del FLN y la mordaza de la libre expresión después de 132 años de duro dominio colonial, seguidos por una violenta guerra de liberación, han provocado una fractura en la personalidad del país.

Ningún líder argelino ha sido capaz de construir una política económica, social, cultural y educativa que pudiera proporcionar a sus compatriotas una nueva identidad. Quizá tal labor presentara un desafío enorme, pero el hecho de que importantes argelinos todavía manifiestan en conversaciones privadas una condescendencia hacia el vecino Túnez difícil de creer es una muestra de la arrogancia populista fomentada bajo el coronel Bumedián. El pequeño vecino del Este puede no ser un modelo de democracia y defensa de los derechos humanos, pero sus logros en la creación de empleos, sanidad, educación y emancipación de la mujer están muy por encima de lo conseguido por Argelia.

Los líderes argelinos se quejan de que Occidente protege a los líderes fundamentalistas. Quizá sea así, pero los problemas reales están en Argelia, no en el extranjero. Hay muy poco que Occidente pueda hacer, a no ser que los líderes del país presenten una atrevida e imaginativa ruptura con el pasado. A muchos en Europa y en Estados Unidos podrá no importarles especialmente ver caer al mayor país del norte de África en las manos de los radicales islámicos o, con mayor probabilidad, en el caos; pero hoy, cada vez más, políticos y altos funcionarios en las capitales europeas se preguntan si Argelia puede convertirse en una tragedia que hay que tolerar, más que en un problema que se pueda resolver.